

cuando llegó el tiempo \* los jóvenes principes , conocidos con el nombre de *Epigones*, es decir, *Sucesores* , entre los cuales estaba Diómedes , hijo de Tideo, y Estenilao, hijo de Capaneo, entraron en las tierras de sus enemigos al frente de un ejército formidable. Vinieron luego á las manos , y habiendo perdido la batalla los Tebanos , abandonaron la ciudad que fué entregada al saqueo. Tersandro , hijo y sucesor de Polinice , fué muerto algunos años despues yendo al sitio de Troya , y por su muerte reinaron en Tebas dos principes de la misma familia; pero el segundo fué repentinamente asaltado de un tétrico y violento frenesí , y los Tebanos persuadidos á que las furias se encarnizarian en la sangre de Edipo mientras quedase una gota sobre la tierra , colocaron otra familia sobre el trono. Tres generaciones despues adoptaron el gobierno republicano que permanece todavia entre ellos.

No podia ser durable la tranquilidad que gozaba la Grecia despues de la segunda guerra de Tebas. Los gefes de esta expedicion habian vuelto llenos de gloria , y los soldados de botin. Unos y otros se dejaban ver con aquella arrogancia que da la victoria , y contando á sus hijos y á sus amigos, apiñados al rededor de ellos,

En 1519 antes de J. C.

la serie de sus trabajos y de sus hazañas , conmovian vivamente sus imaginaciones , y encendian en todos los pechos la ardiente sed de los combates. Un suceso repentino desplegó impresiones tan funestas.

#### GUERRA DE TROYA.

Sobre las costas de Asia , á la parte opuesta de la Grecia , vivia pacíficamente un principe cuyos ascendientes habian sido todos soberanos , y que se hallaba al frente de una numerosa familia casi toda compuesta de jóvenes heroes : Priamo reinaba en Troya , y su reino , tanto por su opulencia y por el valor de los pueblos sujetos á sus leyes , quanto por sus enlaces con los reyes de Asiria , brillaba en este pais de Asia con el mismo esplendor que el reino de Micenas en la Grecia.

La casa de Argos establecida en esta última ciudad , reconocia por gefe á Agamenon , hijo de Atreo. Habia añadido á sus Estados los de Corinto, los de Sicione , y los de otras muchas ciudades vecinas. Su poder aumentado con el de Menelao su hermano , que acababa de casarse con Helena heredera del reino de Esparta , le daba una grande influencia sobre aquella parte

de Grecia, que tomó el nombre de Peloponeso de Pélope, su abuelo.

Tántalo su bisabuelo reinó desde luego en Lidia, y contra los derechos mas sagrados retuvo en prision á un príncipe troyano llamado Ganimedes. Mas recientemente todavía, Hércules, descendiente de los reyes de Argos, habia destruido la ciudad de Troya, hecho morir á Laomedon, y robado á Hesione su hija.

La memoria de estos ultrages, que habian quedado sin castigo, mantenía entre las casas de Priamo y Agamenon un odio hereditario é implacable, irritado de día en día por la rivalidad del poder, la mas terrible de las pasiones sanguinarias. Paris, hijo de Priamo, fué destinado á hacer brotar estas semillas de division.

Vino Paris á Grecia, y llegó á la corte de Menelao, donde la belleza de Helena se llevaba todas las atenciones. El príncipe troyano reunía á las ventajas de su figura el deseo de agradar, y el feliz conjunto de las prendas mas recomendables. Estas calidades animadas por la esperanza del éxito, hicieron tal impresion sobre la reina de Esparta, que lo abandonó todo por seguirle. En vano intentaron los Atrides alcanzar por bien una satisfaccion proporcionada á la ofensa: Priamo no vió en su hijo mas que el reparador de los ultrages que su casa y la Asia toda habian recibido de los Griegos, y des-

preció los medios de reconciliacion que se le proponían.

A tan extraña novedad, rompen y se reparan por todas partes aquellos gritos tumultuosos y sanguinarios, aquellos alborotos precursores de los combates y de la muerte. Las naciones de Grecia se conmueven como una selva agitada por la tempestad. Los reyes cuyo poder está limitado á una sola ciudad, y aquellos cuya autoridad se extiende á muchos pueblos igualmente dominados del espíritu de heroismo, se juntan en Micenas. Juran reconocer á Agamenon por gefe de la empresa, de vengar á Menelao, y de reducir á cenizas á Ilion. Si hay príncipes que se niegan al principio á entrar en la confederacion, son luego arrastrados por la elocuencia del anciano Nestor, rey de Pilos: por los discursos insidiosos de Ulises, rey de Itaca: por el ejemplo de Ajax de Salamina: de Diómedes de Argos: de Idomeneo de Creta: de Aquiles, hijo de Peleo, que reinaba en un pais de Tesalia; y de una multitud de jóvenes guerreros, embriagados de antemano con los triunfos que se prometian.

Despues de largos preparativos se juntó el ejército de cerca de cien mil hombres en el puerto de Aulide; y cerca de mil y doscientas velas le trasportaron á las costas de la Troada.

La ciudad de Troya defendida por murallas y

torres, estaba guarnecida por un ejército numeroso á las órdenes de Hector, hijo de Priamo, quien tenia bajo de sí muchos príncipes aliados, que habian reunido sus tropas á las de los Troyanos. Juntos sobre la costa presentaban un frente formidable al ejército de los Griegos, quienes despues de haberles rechazado, se encerraron en un campo con la mayor parte de sus bajeles.

Los dos ejércitos tentaron de nuevo sus fuerzas, y el éxito dudoso de muchos combates hizo penetrar que el sitio se prolongaria.

Con frágiles barcos, y escasas luces sobre la navegacion, los Griegos no habian podido establecer una comunicacion seguida entre la Grecia y Asia. Comenzaron á escasear los viveres, y una parte de la armada se destinó á talar, ó á sembrar las islas y las costas vecinas, mientras que diversas partidas dispersadas por la campaña hurtaban las cosechas y los rebaños. Habia otro motivo que hacia indispensables estos destacamentos. La ciudad no estaba todavia sitiada: y como las tropas de Priamo la ponian al abrigo de una sorpresa, se resolvió atacar á los aliados de este príncipe, ya sea para aprovecharse de sus despojos, ó ya para privarle de sus socorros. Aquiles lo llevaba todo á sangre y fuego; y saliendo de madre como un torrente destructor, volvía con un botín inmenso que

se distribuía al ejército, y con esclavos sin número que distribuían entre sí los generales.

Estaba situada Troya á la falda del monte Ida, á alguna distancia del mar: las tiendas y los bajeles de los Griegos ocupaban la costa: el espacio medio era el teatro de la valentía y de la ferocidad. Los Troyanos y los Griegos armados con picas, con mazas, con espadas, con flechas, y con dardos, cubiertos de morriones, de corazas, de escarcelas y de broqueles, estrechadas las filas, y los generales al frente, se avanzaban los unos contra los otros: los primeros con grande griteria, y los segundos con un silencio mas espantoso: luego que los gefes, cual si fueran soldados rasos, y mas celosos de dar grandes ejemplos que sabios consejos, se precipitaban en el peligro, dejando casi siempre al acaso el cuidado de un suceso que no sabian ni preparar ni seguir, las tropas se chocaban y hacian pedazos con confusion, como las olas que el viento impele y repele en el estrecho de la Eubea. La noche separaba á los combatientes: la ciudad ó los atrincheramientos servian de asilo á los vencidos, y la victoria costaba mucha sangre, sin producir provecho alguno.

En los dias siguientes la llama de la pira devoraba á los que habia segado la muerte, y se honraba su memoria con lágrimas y juegos fú-

nebres. Espiraba la tregua, y se volvía de nuevo á las manos.

Muchas veces en lo mas recio del combate levantaba un guerrero su voz, y desafiaba á singular combate á otro guerrero del partido contrario. Las tropas silenciosas los veían ya lanzarse dardos ó enormes pedazos de piedra: ya acercarse espada en mano, y casi siempre insultarse mutuamente para irritar mas su furor. El rencor del vencedor sobrevivía á su triunfo: si no podía ultrajar el cuerpo de su enemigo y privarle de sepultura, trataba á lo menos de despojarle de las armas. Pero al instante se avanzaban las tropas de una y otra parte, unas para quitarle la presa, otras para asegurársela, y la acción se hacía general.

También llegaba á serlo cuando uno de los ejércitos tenía mucho que temer por la muerte de su guerrero, ó cuando él mismo buscaba en la fuga el medio de salvar la vida. Solas las circunstancias podían justificar este último partido: el insulto y el desprecio cubrían para siempre al que huía sin combatir, porque en todos tiempos ha sido preciso saber arrostrar la muerte para merecer la vida. Se miraba con indulgencia al que no huía el cuerpo á la superioridad de su contrario, sino después de experimentarla: porque el valor de aquellos tiempos no tanto consistía en la intrepidez de ánimo,

cuanto en el conocimiento de sus fuerzas; y así no era vergonzoso huir cuando solo se cedía á la necesidad, pero era una gloria alcanzar al enemigo cuando huía, y juntar á la fuerza, que preparaba la victoria, la ligereza que servía para decidirla.

Jamas fueron tan comunes las asociaciones de armas y de sentimientos entre dos guerreros como en la guerra de Troya. Aquiles y Patroclo, Ajax y Teucro, Diómedes y Estenelo, Idomeo y Merion, y otros muchos heroes dignos de seguir sus huellas, combatían muy á menudo uno cerca de otro, y arrojándose en la pelea partían entre sí los peligros y la gloria. Montados otras veces sobre un mismo carro, guiaba el uno los caballos mientras el otro evitaba la muerte, y la causaba al enemigo. La muerte de un guerrero exigía una pronta reparación de parte de su compañero de armas: la sangre vertida pedía sangre.

Impresa altamente esta idea en los espíritus, endurecía á los Griegos y Troyanos contra los males sin número que sufrían. Los primeros habían estado mas de una vez á punto de tomar la ciudad: los segundos forzaron muchas el campamento á pesar de las empalizadas, fosos y muros que le defendían. Se veían destruirse los ejércitos, y desaparecer los guerreros. Hector, Sarpedon, Ajax, y Aquiles mismo, habían

muerto ya. A vista de estos reveses los Troyanos suspiraban por que se restituyese á Helena, y los Griegos por su patria; pero á unos y otros los contenia luego la afrenta, y aquella desgraciada facilidad que tienen los hombres de acostumbrarse á todo menos al reposo y á la felicidad.

Todo el mundo tenia puestos los ojos en las campañas de Troya, en aquellos lugares adonde la gloria llamaba á voz en grito á los príncipes que no habian ido desde el principio de la expedicion. Impacientes por señalarse en esta carrera abierta á las naciones, venian sucesivamente á juntar sus tropas á las de los aliados, y algunas veces perecian en el primer combate.

En fin, despues de diez años de resistencia y de trabajos, despues de haber perdido la flor de su juventud y de sus heroes, cayó la ciudad en poder de los Griegos\*; y su caída hizo tal ruido en la Grecia, que todavía sirve de principal época á los anales de las naciones. Sus muros, sus casas, y sus templos convertidos en cenizas: Priamo espirando á los pies de los altares, y sus hijos degollados en su presencia: Hecuba su esposa, Casandra su hija; Andrómaca viuda de Hector, y otras muchas princesas cargadas

\* En 1282 antes de J. C.

de cadenas, y arrastradas como esclavas al traves de la sangre que corría por las calles, en medio de todo un pueblo devorado por las llamas, ó destruido por el hierro vengador: tal fué el desenlace de esta guerra fatal. Los Griegos saciaron su furor; pero este cruel placer fué el término de su prosperidad, y el principio de sus desastres.

Su regreso fué señalado por los mas siniestros reveses. Mnesteo, rey de Atenas, acabó sus dias en la isla de Melos: Ajax, rey de los Locríenses, pereció con su flota: Ulises, mas infeliz, temió muchas veces la misma suerte en diez años que anduvo errante por los mares; y otros, mas dignos todavía de compasion, fueron recibidos en su familia como extrangeros revestidos de títulos que una larga ausencia habia hecho olvidar, y hacia odiosos una vuelta imprevista. En lugar de las demostraciones de alegría que debia producir su presencia, no oyeron al rededor de sí mas que gritos sediciosos de la ambicion, del adulterio, ó del mas sordido interes. Vendidos por sus amigos y parientes, fueron los mas de ellos á buscar otros nuevos á países desconocidos bajo el mando de Idomeneo, de Filoctetes, de Diómedes y de Teucro.

La casa de Argos se cubrió de crímenes, y despedazó sus entrañas con sus propias manos:

Agamenon halló su trono y su lecho profanados por un indigno usurpador, y murió asesinado por Clitemnestra su esposa, la cual poco tiempo despues perdió la vida atrozmente á manos de su hijo Orestes.

Estos horrores repetidos entonces en casi todas las provincias de Grecia, y representados aun el dia de hoy en el teatro de Atenas, deberian instruir á los reyes y á los pueblos, y hacerles temer hasta las mismas victorias. La de los Griegos les fué tan funesta como á los mismos Troyanos. Debilitados por sus esfuerzos y por sus mismos triunfos, no pudieron ya resistir á sus divisiones, y se familiarizaron con la funesta idea de que la guerra era tan necesaria á los Estados como la paz. En el espacio de algunas generaciones se vieron caer y extinguirse la mayor parte de las casas soberanas, que habian destruido la de Priamo; y ochenta años despues de la ruina de Troya, una parte del Peloponeso, pasó á manos de los Heraclides, ó descendientes de Hércules.

#### VUELTA DE LOS HERACLIDES.

La revolucion producida por la vuelta de estos principes fué ruidosa, y fundada sobre los

mas especiosos pretextos\*. Entre las familias que en los tiempos mas remotos poseyeron el imperio de Argos y de Micenas, las mas distinguidas fueron las de Danao, y Pélope. Del primero de estos principes descendieron Proeto, Acrisio, Perseo, y Hércules; y del segundo Atreo, Agamenon, Orestes y sus hijos.

Sujeto Hércules toda su vida á la voluntad de Euristeo, á quien circunstancias particulares habian elevado al poder supremo, no pudo hacer valer sus derechos, pero los trasmitió á sus hijos, que fueron despues desterrados del Peloponeso. Intentaron mas de una vez entrar en él, pero sus esfuerzos eran reprimidos por la casa de Pélope, que habia usurpado la corona despues de la muerte de Euristeo, y sus títulos fueron crímenes mientras ella podia oponerles la fuerza. Luego que dejó de ser tan temible, se vió despertar en favor de los Heraclides la adhesion de los pueblos á sus antiguos señores, y los zelos de las potencias vecinas contra la casa de Pélope. La de Hércules tenia entonces á su frente tres hermanos Temeno, Cresfonte, y Aristodemo, quienes habiéndose asociado con los Dorios, entraron con ellos en el Peloponeso, donde la mayor parte de las ciudades fueron obligadas á reconocerlos por soberanos.

\* En 1202 antes de J. C.

Los descendientes de Agamenon forzados en Argos, y los de Nestor en la Mesenia se refugiaron, los primeros á Tracia, y los segundos á la Atica. Argos tocó en suerte á Temeno, y la Mesenia á Cresfonte. Euristeno y Proclo, hijos de Aristodemo, muerto en el principio de la expedicion, reinaron en Lacedemonia.

Poco tiempo despues los vencedores atacaron á Codro, rey de Atenas, que habia dado asilo á sus enemigos. Este principe habiendo entendido que el oráculo prometia la victoria al ejército que perdiese á su general en la batalla, se expuso voluntariamente á la muerte, y de tal modo inflamó este sacrificio á sus tropas, que pusieron en huida á los Heraclides.

Aquí es donde se acaban los siglos llamados heróicos, y donde es preciso colocarse para conocer el espíritu, y entrar en los pormenores, que apenas permite indicar el curso rápido de los sucesos.

#### REFLEXIONES SOBRE LOS SIGLOS HEROICOS.

Antiguamente no se veian en la Grecia mas que monarquías; y el dia de hoy casi toda ella está gobernada por repúblicas. Los primeros reyes no poseian mas de una ciudad, ó un cierto distrito: algunos extendieron su poder á costa de sus vecinos, y se formaron grandes Estados:

sus sucesores quisieron aumentar su autoridad con perjuicio de sus súbditos, y la perdieron.

Si no hubieran venido á Grecia mas colonias que la de Cécrope, los Atenienses, mas ilustrados, y por tanto mas poderosos que los otros salvages, los hubieran sujetado poco á poco; y la Grecia no hubiera formado mas que un gran reino, que subsistiria el dia de hoy como los de Egipto y de Persia. Pero las diversas colonias venidas de Oriente la dividieron en muchos Estados; y los Griegos todos adoptaron el gobierno monárquico, pues los que los civilizaron no conocian otros; porque es mas facil sujetarse á la voluntad de un hombre solo, que á la de muchas cabezas; y porque la idea de obedecer y mandar á un mismo tiempo, de ser juntamente súbdito y soberano, supone muchos conocimientos y combinaciones para que pueda ser percibida en la infancia de los pueblos.

Los reyes ejercian las funciones de pontifice, de general y de juez: su poder, que trasmitian á sus sucesores, era muy extenso, pero sin embargo templado por un consejo cuyo parecer tomaban, y cuyas decisiones comunicaban á la asamblea general de la nacion.

Algunas veces, despues de una larga guerra, los dos pretendientes del trono, ó los dos guerreros que ellos habian escogido, se presentaban con las armas en la mano, y el derecho de gobernar